

conde de Artois, demostraba cuán encantador habría sido en su juventud, y contribuía á hacer más impenetrable aún el misterio de su vida. Al verlo, se preguntaba uno involuntariamente qué desgracia podía haber atacado la belleza, el valor, la gracia, la instrucción y las más preciosas cualidades de corazón que reunió antaño su persona. El señor Jordy se estremecía siempre al oír el nombre de Robespierre; tomaba mucho rapé, y ¡cosa rara! dejó este vicio por la pequeña Úrsula, la cual manifestaba cierta repugnancia por él con este motivo. Tan pronto como vió á esta niña, el capitán fijó en ella sus miradas casi apasionadas, y gustaba de tal modo de sus juegos y se interesaba tanto por ella, que este afecto contribuyó á estrechar la amistad que le unía con el doctor, el cual no se atrevió nunca á preguntar al solterón si había tenido hijos. Hay seres buenos y pacientes como él que pasan la vida con un pensamiento amargo en el corazón y una sonrisa bondadosa y dolorosa en los labios, llevándose consigo la solución del enigma, sin dejarlo adivinar por orgullo, por desdén ó por venganza, y sin tener más confidentes ni más consuelo que Dios. El señor Jordy, que, al igual que el doctor, había ido á Nemours á morir tranquilamente, no se trataba más que con el cura, que estaba siempre ocupado con su parroquia, y con la señora de Portenduere, que se acostaba á las nueve; así es que, aburrido, había acabado por meterse en la cama muy temprano, á pesar de las tristes meditaciones que le sugería la almohada. Fué, pues, una verdadera fortuna, lo mismo para el médico que para el capitán, el

haber trabado amistad, ya que así pudieron charlar, cambiar impresiones y acostarse tarde. Una vez que el señor Jordy, el abate Chaperon y Minoret hubieron pasado juntos una velada, experimentaron en ella tanto placer, que el sacerdote y el militar volvieron todas las noches á las nueve, en el momento en que, acostada ya la pequeña Úrsula, el anciano se encontraba libre; y los tres velaban hasta las doce ó la una de la noche.

Este terceto no tardó en convertirse en un cuarteto. Otro hombre que conocía el mundo y que había adquirido con la práctica de los negocios esa indulgencia, ese saber, esa masa de observaciones, esa astucia y esa conversación agradable que el militar, el médico y el cura debían al ejercicio del sacerdocio, de la medicina y de las armas respectivamente, el juez de paz, comprendió los placeres que debían encerrar aquellas veladas, y procuró trabar amistad con el doctor. El señor Bongrand, antes de ser juez de paz de Nemours, había sido procurador de paz de Melún. Viudo á los cuarenta y cinco años, se sentía aún demasiado ágil para no hacer nada y solicitó el juzgado de paz de Nemours, que había quedado vacante algunos meses antes de que el doctor hubiera ido á instalarse á esta villa. El ministro de Justicia se da siempre por satisfecho pudiendo encontrar patricios, y sobre todo gente acomodada que desee ejercer esta importante magistratura. El señor Bongrand vivía modestamente en Nemours con su sueldo de mil quinientos francos, y podía así consagrar sus rentas á su hijo, que estudiaba la carrera de abogado en París, al mismo tiempo que la practicaba en casa del procu-

rador Derville. Bongrand parecía un jefe de división retirado, pues tenía una cara más bien lívida que pálida, en la que los negocios, los desengaños y los disgustos dejaron sus huellas, y á la que la reflexión y las continuas contracciones propias de las gentes que tienen que guardar secretos, habían arrugado; pero aquella cara se vela á veces iluminada por esas sonrisas propias de los hombres que lo creen todo y nada, que están acostumbrados á verlo y á oirlo todo sin sorpresa y á penetrar en los abismos que el interés abre en el fondo de los corazones. Bajo sus cabellos, más bien descoloridos que blancos, mostraba una frente sagaz, cuyo color amarillento estaba en armonía con el color de su escasa cabellera. Su cara hocicuda tenía tanta más semejanza con la de una zorra cuanto que su nariz era corta y puntiaguda. De su boca, hendida como la de los grandes habladores, brotaban chispas blancas que hacían su conversación tan lluviosa, que Goupil decía perversamente: «Se necesita un paraguas para escucharle», ó bien: «¡Llueven juicios en el juzgado de paz!» Sus miradas parecían astutas cuando llevaba anteojos; pero, cuando se los quitaba, parecían vagas. Aunque estuviese alegre, ó mejor dicho, casi jovial, la mayor parte del tiempo afectaba aires de hombre importante, llevaba casi siempre las manos en los bolsillos del pantalón, y no las sacaba más que para sujetarse los anteojos, haciéndolo entonces de una manera burlona que anunciaba alguna fina observación ó algún argumento victorioso. Sus gestos, su locuacidad y sus inocentes pretensiones hacían ver en él al an-

tiguo procurador de provincia; pero estos ligeros defectos eran superficiales y podían dispensársele en gracia á su excelente bondad. Si se parecía algo á la zorra, pasaba también por ser sumamente astuto, aunque era muy probo. Su astucia resultaba del continuo ejercicio de su perspicacia. Pero ¿no se llama astutos á los hombres que prevén un resultado y que se libran de los lazos que se les tienden? El juez de paz era aficionado al *wisth*, juego que el doctor y el capitán sabían, y que el cura no tardó en aprender.

Esta pequeña sociedad se formó un oasis en el salón de Minoret. El médico de Nemours, que no carecía de instrucción y de mundo y que consideraba á Minoret como una de las eminencias médicas de la época, también tuvo entrada allí; pero sus ocupaciones, que le obligaban á acostarse pronto para levantarse temprano, le impidieron ser tan asiduo concurrente como lo fueron los tres amigos del doctor. La reunión de estas cinco personas superiores, únicas en Nemours que tenían conocimientos bastante universales para comprenderse, explica la repulsión del anciano Minoret por sus herederos, á los cuales no podía admitir en su sociedad, aunque hubiese de dejarles su fortuna. Sea que el dueño de la posta, el escribano y el recaudador lo hubiesen comprendido así, ó ya que confiasen en la lealtad de su tío, es lo cierto que, con gran contento de éste, cesaron de ir á verle; así es que, ocho meses después de la instalación del doctor en Nemours, los cuatro ancianos jugadores de *wisth* y de chaquete formaron una sociedad compacta, exclusiva, que constituyó para cada uno

una especie de fraternidad atrasada é inesperada, pero cuyas delicias no fueron por eso menos saboreadas. Aquella familia de elegidos tomó á Úrsula como hija adoptiva, dentro cada uno de su esfera correspondiente: el cura pensaba en su alma; el juez de paz se constituía en su curador; el militar se prometía ser su preceptor, y Minoret era, á la vez, su padre, su madre y su médico.

Después de haberse aclimatado en Nemours, el anciano Minoret empezó á adquirir sus costumbres y á arreglar su vida como suele arreglarse en provincias. A causa de Úrsula, no recibía nunca á nadie por la mañana, ni invitaba á comer á nadie; pero sus amigos podían ir á su casa á las seis de la tarde y permanecer en ella hasta las doce de la noche. Los que llegaban primero encontraban los periódicos sobre la mesa del salón, y leían mientras llegaban los demás, ó bien salían al encuentro del doctor, si éste estaba de paseo. Estas sencillas costumbres no fueron solamente una necesidad de la vejez, sino que fueron también producto de un sabio y profundo cálculo del hombre de mundo para no ver turbada su dicha por la inquieta curiosidad de sus herederos, ni por la chismografía de los pueblos pequeños. Minoret no quería conceder nada á esa diosa voluble llamada opinión pública, cuya tiranía, que constituye una de las desgracias de Francia, iba á establecerse y á hacer de nuestro país una misma provincia; de modo que tan pronto como la niña estuvo destetada y anduvo, el doctor despidió á la cocinera que su sobrina la señora Minoret-Levrault le había recomendado, pues supo que comunicaba á la dueña

de la posta todo lo que ocurría en su casa.

La nodriza de Úrsula, viuda de un pobre obrero sin más nombre que el de bautismo y oriundo de Bougival, había perdido á su último hijo, de seis meses, en el momento en que el doctor, que la tenía por mujer honrada y buena, la tomó como nodriza, compadecido de su angustiosa situación. Sin fortuna, y natural de Bresse, donde su familia estaba en la miseria, Antonieta Patris, viuda de Pedro, llamado del Bougival, tomó cariño á Úrsula, como se lo toman generalmente todas las nodrizas á sus criaturas. Este ciego afecto maternal iba unido á una fidelidad inaudita. Advertida la Bougival de las intenciones del doctor, aprendió á cocinar, se hizo limpia y habilidosa y procuró satisfacer los caprichos del anciano, mostrándose cuidadosa de los muebles y de las habitaciones y siendo, en una palabra, infatigable. El doctor no sólo deseaba que su vida privada fuese desconocida, sino que tenía motivo para ocultar el estado de su fortuna á sus herederos. Desde el segundo año de su establecimiento en Nemours no hubo, pues, más criada en la casa que la Bougival, con cuya discreción podía contar el doctor, el cual atribuyó aquella medida á la omnipotente razón de la economía. Sin zalamerías y por la sola influencia de su solicitud y de su fidelidad, la Bougival, que contaba cuarenta y tres años en el momento en que comenzó este drama, pasó, pues, á ser el ama de llaves del doctor, la mujer de confianza, el eje, en fin, del hogar. Llamábanla siempre la Bougival, por la reconocida imposibilidad de aplicar á su persona el nombre de Antonieta,

pues los nombres y las figuras obedecen á las leyes de la armonía.

La avaricia del doctor no fué una palabra vana, sino que tuvo su objeto. A contar desde el año 1817, Minoret dejó dos periódicos y sus abonos á las revistas periódicas. Su gasto anual, que todo Nemours pudo apreciar, no pasó de mil ochocientos francos. Como todos los ancianos, su gasto de ropa, calzado y trajes era casi nulo. Cada seis meses hacía un viaje á París con objeto, sin duda, de percibir y colocar en persona sus rentas. En quince años no dijo una palabra á nadie de su fortuna. Su confianza en Bongrand llegó demasiado tarde y no le confió sus proyectos hasta después de la Revolución de 1830. Tales eran las únicas cosas que se sabían en Nemours de la vida del doctor. Respecto á sus opiniones políticas, como su casa no pagaba más que cien francos de impuestos, no se mezclaba en nada y lo mismo rechazaba las suscripciones realistas que las liberales. Su conocido horror por el clericalismo y su deísmo contribuyeron á que pusiese de patitas en la calle á un comisionista que le envió su sobrino segundo, Desiderio Minoret-Levrault, para proponerle una suscripción á un *Cura Meslier* y á los *Discursos del general Foy*. La tolerancia entendida de este modo pareció inexplicable á los liberales de Nemours.

Los tres herederos colaterales del doctor, Minoret-Levrault y su mujer, el señor y la señora Massin-Levrault mayor, y el señor y la señora Cremiere-Cremiere—á los que no llamaremos sencillamente Cremiere, Massin y Minoret, por-

que en Gatinais se hacen necesarias estas distinciones entre homónimos,—estas tres familias, repito, demasiado ocupadas para crearse otro centro, se veían como se ven las gentes en los pueblos. El dueño de la posta daba una gran comida el día del cumpleaños de su hijo, un baile en Carnaval y otro el día del aniversario de su matrimonio, é invitaba á estas fiestas á toda la burguesía de Nemours. El recaudador reunía también dos veces al año á sus parientes y amigos. El escribano del juzgado de paz, demasiado pobre, según él, para hacer tales despilfarros, vivía mezquinamente en una casa situada en la calle Mayor, cuyo piso bajo tenía alquilado á su hermana, administradora de correos gracias á la influencia del doctor Minoret. Sin embargo, durante el año, estos tres herederos y sus mujeres se encontraban en la villa, en los paseos, en el mercado por la mañana, en el umbral de sus puertas, ó en la plaza los domingos, después de la misa, como en este momento; de modo que se veían todos los días. Ahora bien, hacía tres años, sobre todo, que la edad del doctor, su avaricia y su fortuna autorizaban para hacer alusiones directas relativas á su herencia, que acabaron por hacer igualmente célebres al doctor y á sus herederos. Hacía seis meses que no pasaba semana sin que los amigos ó los vecinos de los herederos Minoret no les hablasen con sorda envidia *del día en que los ojos del buen hombre se cerrasen y sus cofres se abriesen*.

—De poco le servirá al doctor Minoret ser médico y entenderse con la muerte, porque sólo Dios es eterno, decía uno.

—¡Bah! acabará por enterrarnos á todos, pues goza de mejor salud que todos nosotros, respondía hipócritamente el heredero.

—Pero, vamos, si no usted, al menos sus hijos herederán, á no ser que esa pequeña Úrsula!...

—¡Hombre! no se lo dejará todo á ella.

Como había previsto la señora Massin, Úrsula era el coco de los herederos, su espada de Damocles, y la frase: «¡Bah! vivir para ver», conclusión favorita de la señora Cremiere, demostraba claramente que le deseaban más bien mal que bien.

El recaudador y el escribano, pobres en comparación con el dueño de la posta, habían calculado varias veces la herencia del doctor. Paseándose á lo largo del canal ó por la carretera, si veían llegar á su tío, lo miraban con pena, y decía el uno:

—¡Nuestro tío debe tener sin duda el elixir de larga vida!

—Ha hecho un pacto con el diablo, respondía el otro.

—A nosotros debía mejorarnos, porque ese Minoret no necesita nada.

—¡Bah! Minoret tiene un hijo que acabará por comerle la fortuna.

—¿En cuánto estima usted los bienes de nuestro tío? decía el escribano al recaudador.

—Al cabo de doce años, doce mil francos economizados dan ciento cuarenta y cuatro mil francos, y los intereses compuestos producen, por lo menos, cien mil más; pero como ha debido hacer, por consejo de su notario, algunos buenos nego-

cios, y como hasta 1822 habrá colocado el dinero en papel del Estado al siete ó al ocho por ciento, nuestro tío debe tener ahora, aproximadamente, cuatrocientos mil francos, sin contar sus mil cuatrocientos francos de renta, que están hoy al ciento diez y seis. Si muriese mañana sin mejorar á Úrsula, nos dejaría, pues, de siete á ochocientos mil francos, además de la casa y del mobiliario.

—Pues bien, cien mil francos á Minoret, otros cien mil á la pequeña, y trescientos mil á cada uno de nosotros, sería lo más justo que podía hacer.

—¡Caramba! ¡nos pondríamos las botas!

—Si hiciese eso, exclamaba Massin, yo vendería mi escribanía, compraría una buena propiedad, procuraría ser nombrado juez de Fontainebleau, y sería diputado.

—Yo compraría una agencia de Bolsa, decía el recaudador.

—Desgraciadamente, esa pequeña y el cura le han cercado de tal modo, que no tenemos influencia alguna sobre él.

—Después de todo, nos queda la seguridad de que no dejará nada á la Iglesia.

Ahora cualquiera podrá concebir las ansias que pasaron los herederos al ver que su tío iba á misa. El hombre tiene siempre bastante perspicacia para concebir una lesión de intereses. El interés constituye la perspicacia del aldeano, lo mismo que la del diplomático, y en este terreno, el más necio en apariencia no carece de talento. Así es que el terrible razonamiento de que si la pequeña Úrsula había logrado llevar á su protector al regazo de la Iglesia, podría también obte-

ner su fortuna, brillaba con letras de fuego en la inteligencia del heredero más obtuso. El dueño de la posta había olvidado el enigma que contenía la carta de su hijo para acudir á la plaza; pues si el doctor estaba en la iglesia leyendo su devocionario, aquel hecho equivalía para él á doscientos cincuenta mil francos de pérdida. Confesémoslo: el temor de los herederos era originado por los más fuertes y legítimos sentimientos sociales, por los intereses de familia.

—Vaya, señor Minoret, dijo el alcalde, antiguo molinero que se había hecho realista (un Levrault-Cremiere), cuando el diablo llegó á viejo, se hizo ermitaño. Al parecer, su tío es de los nuestros.

—Más vale tarde que nunca, primo mío, respondió el dueño de la posta procurando disimular su contrariedad.

—¡Oh! éste se reiría si nuestras esperanzas quedasen frustradas, y sería capaz de casar á su hijo con esa condenada muchacha, á quien Dios confunda, exclamó Cremiere apretando los puños y señalando al alcalde, que estaba á la sazón bajo el pórtico.

—¿A quién se parecerá el padre Cremiere? dijo el carnicero de Némours, un Levrault-Levrault mayor. Al parecer, no le satisface ver que su tío toma el camino del cielo.

—¡Oh! ¡quién lo hubiera creído! dijo el escribano.

—Amigo mío, nadie puede decir de esta agua no beberé, respondió el notario, el cual, al ver de lejos el grupo, se separó de su mujer dejándola ir sola á la iglesia.

—Vamos á ver, señor Dionis, dijo Cremiere tomando al notario por el brazo, ¿qué nos aconseja usted que hagamos en esta circunstancia?

—Les aconsejo, dijo el notario dirigiéndose á los herederos, que se acuesten y se levanten á las horas de costumbre, que coman la sopa antes de que se enfríe, que se pongan los zapatos en los pies y el sombrero en la cabeza, y que continúen el mismo género de vida; como si nada hubiera ocurrido.

—¡Vaya un consuelo! dijo Massin dirigiéndole una mirada de cólera.

A pesar de su escasa talla, de su gordura y de su cara rechoncha y ordinaria, Cremiere-Dionis era tan fino como la seda. Para hacer fortuna, se había asociado secretamente con Massin, al cual anunciaba sin duda quiénes eran los aldeanos que estaban apurados y cuántas eran las piezas de tierra que se podían devorar. Estos dos hombres escogían los negocios, no dejaban escapar ninguno bueno y se repartían los beneficios de aquella usura hipotecaria que contribuye á retardar la acción de los aldeanos sobre el suelo; así es que más bien que por Minoret, el dueño de la posta, y por Cremiere, el recaudador, Dionis sentía un vivo interés por la herencia del doctor á causa de su amigo el escribano, ya que la parte de Massin había de aumentar, tarde ó temprano, el capital con que los dos asociados operaban en la comarca.

—Procuraremos saber por el señor Bongrand de dónde viene este tiro, respondió el notario en voz baja á Massin recomendándole que no diese paso alguno.

—Pero ¿qué haces ahí, Minoret? gritó de pronto una mujercita encaminándose hacia el grupo, cuyo centro ocupaba el dueño de la posta como si fuese una torre. ¿No sabes dónde está Desiderio, y permaneces aquí charlando, cuando yo te creía á caballo? ¡Buenos días, señores!

Esta mujercita, delgada, pálida y rubia, que vestía una bata de indiana blanca con grandes flores de color chocolate, que llevaba en la cabeza una papalina adornada de encaje y un chal verde sobre sus enjutos hombros, era la dueña de la posta, que hacía temblar á los postillones, á los criados y á los carreteros más rudos, que llevaba la caja y los libros, y que tenía la casa toda en un puño, según el dicho popular de los vecinos. Como verdadera mujer de gobierno, no gastaba joyas ni le daba por los trapillos, sino por lo sólido, y llevaba, á pesar de ser fiesta, su delantal negro, en cuyo bolsillo sonaba el manojó de llaves. Su chillona voz desgarraba los tímpanos. A pesar del suave azul de sus ojos, su mirada rígida ofrecía una visible armonía con los labios delgados de su apretada boca y con su frente ancha, bombeada é imperiosa. Si viva era la mirada, más vivos eran sus gestos y sus palabras. Celia, que se había visto obligada á tener voluntad por dos, la tuvo siempre por tres, según decía Goupil, que hizo observar los reinados sucesivos de tres guapos y jóvenes postillones establecidos por Celia, después de haber llevado cada uno siete años de servicios. El malicioso pasante los llamaba Postillón 1.º, Postillón 2.º y Postillón 3.º; pero la poca influencia de estos tres jóvenes en la casa

y su perfecta obediencia, probaban que Celia se había interesado por ellos á causa de sus buenos servicios únicamente.

—Vaya, á Celia le gusta el celo, respondía el pasante á los que le hacían estas observaciones.

Esta calumnia tenía pocos visos de ser cierta. Desde el nacimiento de su hijo, amamantado por ella sin que nadie supiese con qué, la dueña de la posta no pensó más que en aumentar su fortuna, y se dedicó sin tregua ni descanso á la administración de su inmenso establecimiento. Ocultar un haz de paja ó algunas medidas de avena, ó engañar á Celia en las cuentas más complicadas, era cosa imposible, sin embargo de que escribía muy mal y de que sólo conocía la adición y la sustracción por toda aritmética. La dueña de la posta no se paseaba más que para ir á ver los henos, los prados ó la avena, y después enviaba allí á su marido y á sus postillones, diciéndoles, cien escudos más ó menos, lo que había de dar cada prado. Aunque fuese el alma de aquel gran cuerpo llamado Minoret-Levrault, y aunque hiciese de él lo que le diese la gana, no dejaba de experimentar de cuando en cuando alguna de las ansias que agitan á los domadores de fieras; así es que Celia se encolerizaba constantemente delante de su marido, y los postillones sabían por las reprimendas que les echaba Minoret el día que éste había reñido con su mujer, pues siempre desahogaba en ellos su cólera. Por lo demás, la Minoret era tan hábil como interesada, y en todas las casas de la villa se decía: «¡Dónde estaría Minoret si no fuese por su mujer!»

—Cuando sepas lo que sucede, tú misma te saldrás de tus casillas, respondió á su mujer el dueño de la posta.

—Pues ¿qué hay?

—Úrsula ha logrado llevar al doctor Minoret á misa.

Las pupilas de Celia Levrault se dilataron; la mujercita se puso amarilla de rabia, y, después de decir: «¡Quiero verlo para creerlo!», se encaminó hacia la iglesia. La misa estaba en el momento de alzar al Señor. Favorecida por el recogimiento general, la Minoret pudo examinar á su gusto las filas de sillas y de bancos hasta llegar al lugar de Úrsula, junto á la cual vió al anciano descubierto.

Acordándoos de las figuras de Barbé-Marbois, de Boissy de Anglas, de Morellet, de Helvetius y de Federico el Grande, tendréis inmediatamente una imagen exacta de la cabeza del doctor Minoret, cuya lozana vejez se parecía á la de aquellos personajes célebres. Esas cabezas, que parecen haber sido acuñadas en una misma fábrica, presentan un perfil severo y casi puritano, una coloración fría, una razón matemática, ojos penetrantes, boca seria, y algo aristocrático, más bien en los hábitos que en los sentimientos, y más bien en las ideas que en el carácter. Todos tienen frentes espaciosas, pero un tanto deprimidas por arriba, lo cual denota cierta inclinación al materialismo. Estos caracteres principales de la cabeza y estos aires del rostro los encontraréis en los retratos de todos los enciclopedistas, en los de los oradores de la Gironda y en los de los hombres de aquel tiempo cuyas

creencias religiosas eran casi nulas, y que se decían deístas siendo ateos. El deísta es un ateo á beneficio de inventario. El anciano Minoret mostraba, pues, una frente de este género, pero surcada de arrugas, y que adquiría una especie de sencillez, gracias á sus cabellos plateados, que él se peinaba hacia atrás, y que formaban ligeros rizos sobre el cuello de su levita; pues el doctor iba obstinadamente vestido como en su juventud, llevando medias de seda negra, zapatos con hebillas de oro, calzón corto de punto de seda, chaleco blanco, cruzado por el cordón negro, y una levita negra provista de la roseta roja. Esta cabeza tan característica, cuya fría blancura estaba suavizada por tonos amarillos debidos á la vejez, recibía de lleno la luz de una ventana. En el momento en que la dueña de la posta llegó á la iglesia, el doctor tenía sus ojos azules fijos en el altar, y su reciente convicción les comunicaba una expresión nueva. Sus anteojos señalaban en su devocionario el lugar en que había dejado sus oraciones. Este anciano seco permanecía con los brazos cruzados y de pie en una actitud que anunciaba la omnipotencia de sus facultades y algo de inmutable en su fe; no cesó de contemplar el altar con humildes ojos, y no quiso mirar á la mujer de su sobrino, plantada casi enfrente de él como para reprocharle su vuelta al seno de Dios.

Al ver que todas las cabezas se volvían hacia ella, Celia se apresuró á salir, y volvióse á la plaza menos aprisa de lo que se había ido á la iglesia, pues contaba con la herencia, y ésta se hacía problemática. Al llegar al grupo formado

por sus parientes, encontró al escribano, al recaudador y á sus mujeres más consternados de lo que los había dejado, pues Goupil se había complacido en atormentarlos.

—En la plaza y delante de toda la villa no podemos hablar de nuestros asuntos. Venid á mi casa, dijo la dueña de la posta. Venga usted también, señor Dionis, que no estará de más, añadió dirigiéndose al notario.

La desheredación probable de Massin, de los Crechiere y del dueño de la posta iba á ser la comidilla del país.

En el momento en que los herederos y el notario iban á atravesar la plaza para irse á casa de Minoret-Levrault, el ruido de la diligencia llegando á galope á la administración, que estaba á algunos pasos de la iglesia, hizo un estruendo enorme.

—¡Toma! también á mí me pasa como á ti, Minoret. Había olvidado á Desiderio, dijo Celia. Vamos á buscarlo, que es casi abogado, y á él también le interesa esto.

La llegada de la diligencia es siempre una distracción; pero cuando viene con retraso se espera oír algún acontecimiento; de modo que la multitud se apiñó delante de la Ducler, y no tardó en oírse el grito general de:

—¡Ya está aquí Desiderio!

Este joven, que era á la vez el tirano y el jaranero de Nemours, conmovía siempre á la villa con sus apariciones. Amado por la juventud, con la cual se mostraba generoso, la estimulaba con su presencia; pero sus diversiones eran tan temidas, que más de una familia sintió verda-

dera satisfacción al saber que se iba á estudiar á París. Desiderio Minoret, joven delgado, enclenque y rubio como su madre, á la cual se parecía por sus ojos azules y por su tez pálida, sonrió á la multitud por la portezuela y se apresuró á bajar para besar á su madre. Un ligero bosquejo de este muchacho bastará para comprender lo muy satisfecha que estaría Celia al verlo.

El estudiante llevaba botas finas, un pantalón blanco de tela inglesa con trabillas de charol, una corbata muy bien hecha y ricamente adornada, un bonito chaleco de moda, en uno de cuyos bolsillos llevaba un reloj con colgante, y, finalmente, una levita corta de paño azul y un sombrero gris; pero el advenedizo llamaba, sobre todo, la atención por los botones de oro de su chaleco, por la sortija que llevaba sobre sus guantes de ciervo color violáceo y por su bastón con puño de oro cincelado.

—Vas á perder el reloj, le dijo su madre al abrazarlo.

—No, ¡si ahora es moda llevarlo así! respondió Desiderio dejándose abrazar por su padre.

—Vaya, primo, pronto te veremos abogado, ¿eh? dijo Massin.

—Sí; me licenciaré á la entrada de curso, dijo Desiderio respondiendo á los saludos amistosos que le hacía la multitud.

—Cómo vamos á divertirnos, ¿eh?, le dijo Goupil tomándole la mano.

—¡Ah! ¿ya estás aquí, viejo mono? le respondió Desiderio.

—¡Cómo! ¿aun tomas la licencia por tesis,

después de haber hecho la tesis para la licenciatura? respondió el pasante, humillado al verse tratar tan familiarmente delante de tanta gente.

—Cabirolle, ya sabes lo que traigo, y encárgate de llevarlo á casa, dijo Desiderio al anciano mayoral, de cara violácea y granosa.

—Traes los caballos bañados en sudor, dijo la rubia Celia á Cabirolle. ¿No podías tratar mejor al ganado? ¡Eres más bestia que ellos!

—El señorito se ha empeñado en correr para sacarles á ustedes de la inquietud en que se hallaban.

—Pero ya que no había ocurrido ningún accidente, ¿para qué arriesgarte á enfermar los caballos?

El reconocimiento de amigos, los saludos, los entusiasmos de la juventud en torno de Desiderio, los incidentes de su llegada y los relatos del accidente que había originado su retraso, contribuyeron á que el rebaño de los herederos llegase á la plaza á la salida de la misa. Por efecto de una casualidad, que se lo permite todo, Desiderio vió á Úrsula bajo el pórtico de la iglesia en el momento en que atravesaba la plaza, y quedó estupefacto al ver su belleza. El movimiento del joven abogado detuvo necesariamente la marcha de sus parientes.

Para dar el brazo á su padrino y para mantener con la mano derecha el devocionario y con la izquierda la sombrilla, Úrsula se vió obligada á desplegar la gracia innata que las mujeres graciosas emplean para salir airoso de las dificultades de su bonito oficio de mujer. Si el pensamiento se revela en todo, aquí puede permitir-

senos que digamos que la manera de vestir de la joven denotaba en ella una divina sencillez. Úrsula llevaba una bata de muselina blanca á modo de peinador, adornada á intervalos de nudos azules. Su esclavina, provista de una cinta azul pasada por un ancho dobladillo, dejaba ver la belleza de su cuerpo. Su cuello, de una blancura mate, ostentaba encantadores tonos, realzados por los colores azules, que tanto favorecen á las rubias. Su cinturón azul con sus largas y flotantes cintas, dibujaba un flexible talle, que constituye una de las gracias más seductoras de la mujer. La joven llevaba, además, un sombrero de paja modestamente adornado con cintas azules, dos de las cuales iban atadas debajo de la barba, sin perjudicar por ello su hermosa tez de rubia. A ambos lados de la cara de Úrsula, que se peinaba ella misma á lo Berta, sus finos y rubios cabellos formaban gruesos mechones que atraían la mirada con su brillo. Sus ojos grises estaban en armonía con su frente bien modelada. Un color rosáceo animaba sus mejillas y su cara graciosa y regular; pues por un raro privilegio, la naturaleza la había hecho rubia y graciosa. La nobleza de su vida se adivinaba por la admirable armonía que existía entre sus facciones, sus movimientos y la expresión general de su persona, que podía servir de modelo para la estatua de la Confianza ó de la Modestia. Aunque su santidad era grande, no era exagerada; de suerte que Úrsula tenía un aire distinguido. Bajo sus guantes de color claro se adivinaban unas bonitas manos. Sus pies, esbeltos y delgados, estaban elegán-